

## Temor e interés en el *Liber ad Scapulam* de Tertuliano

Los eruditos no están de acuerdo sobre la fecha de publicación de esta carta de Tertuliano. Algunos sostienen que fue publicada por el mismo Tertuliano en el año 203; otros que bajo el emperador Heliogábalo en el año 217. No obstante, aparece como más verosímil que haya tenido lugar en una fecha intermedia entre estas dos, alrededor del año 212<sup>1</sup>. Parece ser que esto sucedía cuando, después de la muerte del padre, gobernaba sólo Caracalla, dado que se habla allí de un solo emperador<sup>2</sup>. Consta que Tertuliano la escribió tras una larga persecución que tuvo lugar bajo el imperio de Severo, porque enumera a cinco procónsules por los cuales fueron atormentados los cristianos que habían caído en diferentes calamidades.

Escrita por un converso, esta obra, como muchas otras de nuestro autor, está dedicada a defender, elaborar e imponer la fe nueva frente a todo lo que podía amenazarla; frente a paganos, judíos, herejes e incluso los cristianos que no compartían con él la misma noción de cristianismo<sup>3</sup>. Exhorta a Escápula a que tome precauciones; especialmente cuando parece que se

1 Adoptamos la cronología establecida en 1962 por R. Braun, «*Deus Christianorum*». *Recherches sur le vocabulaire doctrinal de Tertullien*, Paris 1962, que sigue para esta obra la misma que aparece en la introducción del Migne, *PL* 1, 697.

2 «Colimus ergo imperatorem sic quomodo et nobis licet et ipse expedit ut hominem a Deo secundum et quicquid est a Deo consecutum solo Deo minorem». *PL* 1, 700.

3 Cf. C. Rambaux, *Tertullien face aux morales des trois premiers siècles*, Paris 1979, 10 ss.

han visto algunos portentos en Cartago, precisamente en el momento en que el mismo Escápula se dirige a esa provincia.

Centra su defensa de la fe cristiana y de los cristianos en la moral enumerando las características del cristianismo que él considera esenciales. Los actos representan un papel importante, podríamos decir que constituyen el indicador más relevante de los seguidores de esta *doctrina*<sup>4</sup>; el que se convierte en cristiano, se transforma en un hombre bueno<sup>5</sup> y cuando comete una falta grave deja de ser cristiano, ya que el cristiano persevera hasta el final<sup>6</sup>. El mismo reconoce que ha sido la vida de los cristianos lo que le ha atraído a la fe nueva<sup>7</sup>. La moral le parece tan importante como la teología. La aborda prácticamente en todos sus tratados<sup>8</sup>.

En el *Liber ad Scapulam* centra toda su exhortación en la noción de temor; utiliza este recurso para intentar convencer a Escápula de que cese en su persecución a los cristianos. Añade a esto la noción de interés, de conveniencia.

Nos encontramos con la constante asociación de temor e interés: de todos los medios que permiten al hombre convertirse y perseverar en la fe, hay dos a los que concede una importancia tal que los demás parecen secundarios: el temor y el interés. El miedo y la esperanza son eficaces, sin la evidencia del peligro y la recompensa, la esperanza de la resurrección no convencería a nadie para que abrazara una religión, especialmente ésta que debe enfrentarse a la hostilidad pública<sup>9</sup>.

La moral que propugna Tertuliano, basada en el temor, está polarizada en dos protagonistas: Dios y el hombre. Dios promete y amenaza, el hombre teme o espera: *ea quae Deus repromittit consequi optantes et ea quae diuersae uitae commi-*

4 «Adeo et de genere conuersationis qualitas fidei aestimari potest: doctrinae index disciplina est», *Praescr.* 43,2.

5 «Nec alinde noscibiles quam de emendatione uitiorum pristinorum», *Scap.* 2, 10.

6 Cf. *ibid.*, 4,7.

7 Cf. A. D'Alès, *La théologie de Tertullien*, Paris 1905, p. 495.

8 Cf. J. - C. Fredouille, *Tertullien et la conversion de la culture antique*, Paris 1972, 310.

9 «Spes resurrectionis, nisi manifesta de periculo et praemio neminem ad huiusmodi praesertim religionem publico odio et hostili elogio obnoxiam persuaderet», *Resurr.* 21,3-4.

natur *pati* timentes (1, 1). Esta relación queda subrayada por los paralelismos que aparecen de modo evidente en la construcción y que señalaremos más adelante.

Tertuliano distingue aquí claramente dos tipos de temor: a Dios y su juicio, y el temor del mundo y todo lo que implica: dioses, Satán, poder temporal, persecución. El primer tipo de temor tiene un fundamento evidente: nos presenta a un Dios justo e implacable que juzgará a los hombres según sus obras: «ideoque et iudicium constituit aeternum de gratis e ingratis» (2, 2). El segundo no está justificado, ya que, según él, se teme, sin razón, el poder temporal.

A estos dos tipos de temor corresponden dos tipos de despreocupación: por una parte, están los paganos y herejes que no temen a Dios ni a la ley y, por otra, los cristianos que no temen a nadie en el mundo: ni el poder temporal: *non te terremus qui nec timemus* (4, 1); ni la persecución: *nos quidem neque expauescimus neque pertimescimus... ea quae ab ignorantibus patimur* (1, 1); ni el martirio: *... nos haec non timere... sed ultro uocare* (5, 1) que puede ser incluso útil para la conversión de los paganos: *Quisque enim tantam tolerantiam spectans ut aliquo scrupulo percusus et inquirere accenditur quid sit in causa et ubi cognouerit ueritatem, et ipse statim sequitur* (5, 4).

Vamos a detenernos en el análisis de estos dos tipos de temor, considerando qué Dios presenta Tertuliano para justificar su insistencia en la importancia del temor a Dios.

Los cristianos veneran un solo Dios que todos los hombres por naturaleza conocen<sup>10</sup>. Sus rayos y truenos les hacen temblar y sus beneficios les alegran<sup>11</sup>. Observamos cómo tras el conocimiento natural de Dios sitúa en primer lugar el temor *natural* a Dios que aparece en otros lugares de su obra<sup>12</sup>. El temor va íntimamente unido al conocimiento de Dios; basta conocerlo para

10 «Nos autem *anum Deum* colimus quem omnes naturaliter nostis», *ibid.* 2,1.

11 «Ad cuius fulgura et tonitrua contremiscitis, ad cuius beneficia gaudetis», *ibid.*

12 Cf. *Test. anim.* 2,5: *naturalis timor animae in Deum; Virg. uel.: natura Deum timens*».

temerlo. No obstante, este temor es saludable, pues lleva a la salvación. Se trata de un Dios al que los cristianos ofrecen también sacrificios, pero con una plegaria pura, pues Dios, fundador del universo, no necesita ningún olor ni sangre, elementos éstos que considera «forraje» de los demonios <sup>13</sup>.

El temor a Dios debe ser más fuerte que ningún otro pues Dios ejerce una justicia más rigurosa. Es un Dios vengador <sup>14</sup>, que se encargará de castigar a todos aquellos que han maltratado, martirizado a los cristianos, con toda suerte de calamidades que pueden observarse, lo que él llama *signa imminētis irae Dei* (3, 3): lluvia <sup>15</sup>, fuego <sup>16</sup>, truenos <sup>17</sup>, portentos <sup>18</sup> enfermedades <sup>19</sup>, etc. Ninguna ciudad ha quedado impune, ningún gobernador ha salido indemne de la persecución a los cristianos. Tertuliano considera la venganza necesaria; no se trata simplemente de una sanción merecida sino de una venganza en la que se manifiesta la cólera, la ira de Dios <sup>20</sup>.

Pero es también un Dios que sabe recompensar adecuadamente a aquellos que han permitido a los cristianos librarse de algún modo de la persecución, del martirio, de la muerte <sup>21</sup>. Nos encontramos aquí con el otro gran argumento de convicción de Tertuliano: el interés.

Todo esto justifica la apelación que Tertuliano dirige a Escápula en griego: ¡no luches contra Dios! Le pide que pre-

13 «Quomodo praecepit Deo pura prece. Non enim eget Deus, conditor uniuersitatis, odoris aut sanguinis alicuius. haec enim daemoniorum pabula sunt», *Scap.* 2,5.

14 «Absit enim ut indigne feramus ea nos pati quae optamus aut ultionem a nobis aliquam machinemur quam a Deo exspectamus», *ibid.* 2,6.

15 «Imbre anni praeteriti quid commeruerit genus humanum apparuit, cataclysmum scilicet et retro fuisse propter incredulitates et iniquitates hominum», *ibid.* 3,2-3.

16 «Igne qui super moenia Carthaginis proxime pependerit per noctem», *ibid.* 3,3.

17 «Et pristina tonitrua quid sonauerunt», *ibid.*

18 «Nam et sol ille in conuentu Vticensi, extincto pene lumine, adeo porten- tum fuit, ut non potuerit ex ordinario deliquo hoc pati», *ibid.* 3,4.

19 «Vigelius Saturninus... lumina amisit», *ibid.* 3,5; Claudius Lucius Hermi- nianus... solusque in praetorio suo uastatus peste, cum uiuus uermibus ebullisset...», *ibid.* 3,6.

20 «Si offenditur debet irasci (Deus); si irascitur debet ulcisci», *Adu. Marc.* 1, 26, 3.

serve la libertad civil, judicial, social, exterior, de adherirse al cristianismo, ya que el adherirse a una religión es una cuestión personal, íntima que debe hacerse libremente sin ninguna coacción externa: *humani iuris et naturalis potestatis est unicuique, quod putauerit, colere; nec alii obest aut prodest, alterius religio. Sed nec religionis est cogere religionem quae sponte suscipi debeat, non ui* (2, 2). Con mayor razón cuando la religión que practican los cristianos favorece de alguna manera a todos los hombres.

Vamos a ver ahora qué rasgos distintivos de la disciplina que practican los cristianos nos presenta en esta obra: en primer lugar, el amor incluso a los enemigos y la oración por todos los que los persiguen de modo que su bondad característica, no común, sea perfecta: *Disciplina iubemur diligere inimicos quaque et orare pro eis qui nos persequuntur: ut haec sit perfecta et propria bonitas nostra, non communis* (1, 1). Se trata de una alusión clara a Mt. 5, 44, 46<sup>22</sup>. Un cristiano no es enemigo de nadie, siguiendo con la doctrina del amor, extiende éste a todo hombre creado por Dios y más aún al emperador que él ha establecido<sup>23</sup>. Sus virtudes más características son la modestia, la paciencia, el silencio, ante las realidades duras que debe soportar, incluida la muerte, como resultado de las persecuciones<sup>24</sup>.

Finalmente, los cristianos no temen a nadie a no ser al único Dios, su único maestro, un Dios eterno que no va a fallar, pues cualquier otro maestro es hombre y alguna vez morirá; sin embargo, el cristianismo no fallará nunca pues se levanta más cuando parece haber muerto.

Llegamos así de nuevo a la noción de temor que abría esta exhortación de Tertuliano a Escápula y que ha desarrollado a

21 Como, «Cincius Seuerus qui Thystri ipse dedit remedium quomodo responderent christiani, ut dimitti possent; ut Vespronius Candidus... ut Asper... Ipse etiam Seuerus pater Antonini... etc.», *Scap.* 4,2-6.

22 «Diligite inimicos uestros et orate pro persequentibus uos...».

23 «Christianus nullius est hostis, nedum Imperatoris: quem sciens a Deo suo constitui necesse est ut et ipsum diligat et reuereatur et honoret et saluum uelit», *ibid.* 2,4.

24 «Et utique ex disciplina patientiae diuina agere nos, satis manifestum est uobis potest, cum tanta hominum multitudo pars pene maior ciuitatis cuiusque in silentio et modestia agimus», *ibid.* 2,5-6. Cf. Rom 13,1; Tit 3,1; 1 Pe 2,13.

lo largo de la misma con numerosos ejemplos para, finalmente, poner de relieve que la razón de la misiva de Tertuliano no es el temor a los hombres, algo que se encarga de subrayar siempre que tiene ocasión, sino el interés por Escápula, quien sí que tiene razones para temer a Dios. Vamos a analizar ahora hasta qué punto el vocabulario en torno al temor es significativo, examinando los distintos verbos que emplea:

En primer lugar aparecen dos verbos incoativos, *expauesco* y *pertimesco*, procedentes de raíces diversas, aquí con un significado muy similar, reforzados ambos por dos prefijos *ex-* y *per-* que, aunque también muy diferentes, cumplen un mismo objetivo, llamar la atención sobre esta falta de temor: «ni hemos empezado a sentir miedo», «ni hemos empezado a temblar». Desde un primer momento quiere dejar claro que no teme por su vida y que este temor no es la razón que ha originado esta carta.

La aparición expresa del sujeto *nos* con valor anafórico<sup>25</sup> refuerza esta situación de predominio, indica orgullo, osadía. Va a pedir algo pero sabe que se sitúa desde una posición ventajosa siempre que no aparezca vencido de antemano; sin embargo, hay algo que si temen, es la única vez que aparece el verbo temer con valor positivo, referido a los cristianos, el verbo simple, sin prefijos que atenúen su significado. La forma que utiliza, el participio de presente *timentes*, al igual que el sufijo incoativo *-sco*, acentúa la noción de actualidad, se trata de algo que está sucediendo en ese momento.

El sujeto sigue siendo «nosotros» y el objeto de temor introduce una oración de relativo cuyo sujeto es Dios que *comminatur*, «amenaza». De este modo introduce ya a Dios como alguien a quien deben temer incluso los cristianos que no temen a nada, ni a nadie. Estas amenazas divinas las sienten ya de alguna manera los paganos que, sin saberlo, se estremecen de miedo —*contremiscitis*— ante los rayos y truenos enviados por este Dios y se alegran con sus beneficios.

25 El pronombre personal como sujeto de una frase no se expresa en latín literario más que por razones de énfasis. Cf. Väänänen, V., *Introducción al latín vulgar*, Madrid 1968, 199.

De nuevo tenemos un verbo con sufijo incoativo y con prefijo, reforzando la noción de actualidad. Scapula y sus seguidores sienten ya la presencia inmediata de Dios, en primer lugar como alguien que les amenaza y que otorga también sus beneficios.

Tras la enumeración, ya señalada, de las nefastas consecuencias de la persecución a los cristianos, que es tanto como perseguir a Dios, vuelve a poner de manifiesto la ausencia de temor por su parte, también con una estructura paralela utilizando esta vez dos verbos sin prefijos ni sufijos: *terreo* y *timeo*, atenuados esta vez por una oración adversativa que expresa un deseo: la salvación de todos. De nuevo se sitúa en una posición de superioridad, procurando eliminar toda posibilidad de que se interprete su carta como una petición de clemencia, presentándola como una oferta de consejo<sup>26</sup>. En definitiva, como una oferta de amor, a la que le obliga la disciplina cristiana.

Sin embargo, como esto no basta, no le parece suficiente, necesita apelar al temor. Llega incluso a justificar la necesidad del temor recurriendo, como ya hemos señalado, a la enumeración de su eficacia en todos los terrenos. Puede llevar a los paganos a la conversión. Asimismo el temor de cometer lo que es opuesto a Dios, el mal, puede suscitar en el hombre el deseo de llevar una vida conforme a las exigencias divinas. No obstante parece preferir la presentación de un Dios justiciero y vengador cuya ira temen todos los hombres. Coloca ante Escápula el poder de la justicia divina, eterna, que va más allá de la justicia humana, ejecutada por hombres que alguna vez van a morir: *Caeterum quos putas tibi magistros, homines sunt et ipsi morituri quandoque* (5, 2). La ley de Dios es más exigente, más perfecta y nadie puede escapar a este juez implacable: *Hic ante te est, nec abscondi potest, sed cui nihil facere possis* (5, 2).

Añade un último argumento para convencerlo de la conveniencia de no enfrentarse a Dios en sus seguidores: la convic-

26 «Sed uelim, ut omnes saluos facere possimus, monendo μη θεομαχεῖν». *Scap.* 4,1.

ción de que esta secta permanecerá siempre viva, pues la injusticia y la crueldad de sus perseguidores no harán sino suscitar su seguimiento en todos aquellos que vean su capacidad de aceptar el sufrimiento y las razones que lo han originado<sup>27</sup>.

ROSA M.<sup>a</sup> HERRERA

27 Cf. *ibid.* 5,4.